**FIESTA de la Presentación del Señor**

**Clausura del Año Jubilar de la Vida Consagrada**

**Solo la Grandeza divina puede ser tan humilde como para dejarse “purificar” en nuestros brazos;**

**y solo nosotros, los que somos *humus* podemos experimentar**

**la gracia de ser consagrados por la Santidad Divina hecha criatura humana: JESUCRISTO**

**TEXTOS**: **Malaquías 3, 1-4; Salmo 23, 7-10; Hebreos 2, 14-18; LUCAS 2, 22-35.39**-40

* Las palabras del profeta anuncian dos cosas que debieran importarnos: primero, Dios mismo va a enviar al Mensajero que prepara el camino y facilita el encuentro entre Dios y nosotros, porque él mismo es Dios y es el Camino. Segundo, las palabras del profeta están dirigidas a quienes viven en una *actitud de búsqueda constante de Dios.* Tanto en el Enviado como en los/as que esperan su llegada late un profundo deseo de encuentro e intimidad, cosa que no puede darse si no es en un ambiente de pureza de corazón y de dignidad humana. El Señor es el primero en alegrarse cuando encuentra personas “en pie” y dispuestas a acogerle. *¡Somos el gozo de Dios!* A Él le gusta estar con nosotros/as, y nos *consagra* con su Presencia.
* Para vivir esta mística tan solo se nos pide tener un corazón y una mente limpias de pecado, libres de idolatría, dice el salmista. Sabemos lo que significa ser personas *purificadas* y *consagradas:* pertenecerle a Dios y permanecer en su Presencia humildemente.
* Con frecuencia nos sentimos personas divididas y enfrentadas, violentadas y siempre al borde de la muerte. Esto es así mientras nos dejamos esclavizar por el pecado del mundo: el orgullo, la soberbia, la ambición, la lujuria… Sin embargo, la muerte por la que Jesús ha pasado, esa humillación a la que se somete desde el momento de su encarnación hasta ser llevado a la cruz, pasando por la aceptación de las leyes humanas *(sociales o religiosas, incluso políticas…),* es la manifestación de su Gloria y de su Santidad, que quiere que sean también las nuestras. Como él, también somos consagrados/as por el Espíritu que da vida. El mundo necesita de nuestra consagración y de nuestra vida.
* Los consagrados y consagradas, como los ancianos Simeón y Ana, perseveramos en la fe y en la esperanza; reconociendo que la palabra de Dios es fiel: *“No temas… Yo estoy contigo”* ¿Cuántos hombres y mujeres han escuchado esta promesa a lo largo de la historia? Muchos y muchas. Nosotros/as estamos entre ellos si permanecemos a la espera, con la mirada y el espíritu en vela. Siendo vigías de la fe reconoceremos los signos de la Presencia de Dios en nuestro mundo y podremos ser *testigos de la misericordia*. Eso, aunque los signos sean pequeños y humildes, nada espectaculares. Quizá el mundo necesite signos pomposos, Dios no. Dios lo que necesita son los brazos abiertos de nuestro corazón; brazos y corazones como los de María y José de Nazaret, como los de Ana y Simeón... Vivir la consagración es *estar abiertas a la presencia de Dios, y actuar como él.* Clausuramos el “Año Jubilar de la Vida Consagrada” siendo aún más conscientes y agradecidas/os por el don recibido: ¡Bendito sea el Señor…”

*Trinidad León, mc*